

## PRIMERA MEDITACIÓN SOBRE LA NATURALEZA DE LA REALIDAD SOCIAL®

### a] MATERIA PRIMA: UNA REALIDAD RELACIONAL CON TRES ELEMENTOS

Desde el siglo XIX nos llega una actitud teórica que consiste en reducir lo social, en su última instancia, a una realidad relacional. El modo cómo los hombres se relacionan entre sí: eso sería *lo social*. Este concepto, sin embargo, no ha tenido el mismo grado de elaboración en todas las ciencias sociales.

Los demógrafos han sido los que menos percibieron la realidad relacional. Los economistas, los que más reiteradamente han tropezado con un enjambre de objetos materiales antes de descubrir el mundo de lo relacional, hasta que la matemática económica lo absorbió como su tema central, trasladándolo a un plano muy elevado de abstracción. Los sociólogos del siglo XIX se concentraron en la relación entre la unidad física menor (el individuo) y el conjunto mayor (la sociedad global). Los antropólogos culturales atribuyeron gran importancia a las relaciones codificadas en comunidades pequeñas. (ritos, tabúes, conducta simbólica), donde es más fácil descifrar su contenido. Los geógrafos humanos, después de introducir el suelo, el subsuelo y el clima como integrantes de la realidad de las sociedades humanas, hicieron un notable esfuerzo por establecer relaciones entre conjuntos de funciones sociales y conjuntos de factores geofísicos.

Hecho el descubrimiento en la entraña viva de lo social, queda por explorar su alcance. Si lo social es una realidad relacional, lo relacional ¿por qué vía puede captarse? *Relacionarse* con los hombres los unos con los otros: eso parece ser *conducirse*, es decir, producir el contacto con una intención. La realidad relacional podría ser, simplemente, *conducta*. Lo muy inmediato y lo muy notorio porque, al fin y al cabo, la noción de *conducta* se ha manejado en todas las culturas conocidas: el adulto se la esboza al niño desde edad temprana como el elemento de la ética más elemental de todos los tiempos (la buena y la mala conducta) y pertenece también a una relación divinidad-hombre igualmente muy elemental (Dios premia o castiga la conducta de los hombres).

En sus trabajos, que se editaron dos años después de su muerte, Weber definió la acción como “orientación significativamente comprensible de la propia conducta” y asignó a la sociología el objeto fundamental de “la captación de la conexión de sentido de la acción” (Weber 1922, 12). La red de conductas que se entrecruzan se transforma en sociogramas para algunas corrientes de la psicología social. En teoría económica, aparece en Estados Unidos una escuela que, después de descartar las categorías de análisis heredadas de los clásicos, centra la explicación del fenómeno económico en la conducta de los individuos, expresada como respuestas, socialmente condicionadas, frente a situaciones concretas. Para Parsons, “el punto de partida fundamental es el concepto de sistemas sociales de acción” que, en realidad, son “la interacción de actores individuales” (Parsons 1951, 3). Hace más de un siglo, Marx dejó constancia de que “el capital no es una cosa, sino una relación social entre personas, establecida mediante la instrumentalidad de cosas” (Marx 1867, ed. Kerr, 1, 839; nuestra traducción de la versión inglesa).

Todas las corrientes de pensamiento que hemos citado nos hablan de una realidad relacional. Pero hay diferencias sustanciales. La *relación social entre personas* que subyace en toda la obra de Marx es la de seres que pertenecen a distintas clases sociales y como miembros de ellas; mientras que la *acción* de Weber, la *interacción* de Parsons, los contactos interindividuales de los psicólogos sociales y las posiciones de los conductistas tanto en psicología como en economía, son relaciones entre seres sin la mediación de grupos ni clases. El conductismo de Weber es una reducción de lo social a su mínima expresión; una relación de conductas, todo cuyo contenido, social y emocional, se agota en la conducta, es decir, en ese acto mediante el cual un sujeto se comunica con otros por

---

® Bagu, Sergio. *Tiempo, realidad social y conocimiento*. 13 ed. Siglo XXI. México. 1989. Págs. 81-90

medio de movimientos físicos y símbolos formales. Una psicología anterior a Freud; una sociología anterior a Marx.

Esa ancha tradición que concibe lo social como una realidad relacional contiene observaciones valiosas, pero a menudo descansa sobre un conductismo excesivamente primario. Admitimos que, metodológicamente, es importante descubrir cuál es el mínimo de elementos que integran aquello con lo cual se construye la realidad social entre seres humanos. Al decir “mínimo de elementos” queremos afirmar que, si alguno falta, no surge nuestra realidad social. Son éstos los indispensables:

1. Toda relación pone en contacto dos o más individuos, de modo tal que ninguno de ellos puede ser totalmente activo ni pasivo. Se trata, como ya hemos dicho (Introducción. b), de una intergeneración, es decir, un proceso recíproco, aunque desigual: acción y retroacción tan íntimamente ligadas que a menudo es imposible diferenciarlas. Proceso dialéctico, en el sentido de que engendra incesantemente circuitos de reconfiguración de los actores, que sin embargo no pueden jamás –porque son seres vivos– repetir el fragmento de la realidad que acaban de vivir. Dialéctico también porque no podría dibujarse como una línea recta de la misma densidad: sus recorridos son algo similares a los de un circuito pero, como parecen transcurrir no en un plano sino en varios, pueden evocar una espiral. Tampoco la comparación es enteramente fiel porque, habiendo un efecto de retroalimentación, el ejemplo de la espiral deja de ser aplicable. Por lo demás, la densidad de la línea cambia sin cesar porque son distintas las consecuencias que va produciendo en los participantes.

Se trata, efectivamente, de participantes. La realidad social se vive como praxis. Pero debemos hacer una salvedad: la participación puede expresarse mediante conducta en el sentido tradicional del vocablo, o mediante omisión. Praxis aquí quiere decir participación mediante acción u omisión. En este último caso, el actor está ausente o mudo y sin embargo, actúa, como en “Déjeuner du matin” de Jacques Prévert. Cualquier político sabe que su ausencia puede ser un agente más dinámico que su presencia en una situación determinada. Definido así el alcance de los términos a este elemento lo denominamos *praxis dialéctica*.

2. Pero el hombre no crea praxis dialéctica, no se inserta en una realidad determinada sólo en virtud de su acción o su omisión. Lo hace siempre sin excepciones, mediante:

- a. Otras inserciones previas indispensables. Trabajamos, opinamos, viajamos, luchamos como miembros de grupos. Más aún, como miembro, cada uno, de múltiples grupos. La intergeneración no da origen a un diagrama A:B, sino a otro mucho más complejo que incluye, para dar una de las partes, un paréntesis en el cual se mencionan las afiliaciones a múltiples grupos.

Esta condición previa inevitable nos mueve a plantearnos varias preguntas: Una es esta: ¿cuándo se produce la primera inserción? En lo que atañe a la realidad relacional, casi siempre en el acto de nacer. Así, en una sociedad capitalista contemporánea, el que acaba de nacer pasa allí mismo a formar parte, con la mayor frecuencia, de una familia, de una clase social, de un grupo cultural, de un grupo lingüístico y, con menos frecuencia, de un grupo religioso y de un grupo étnico. Puede también ocurrir que el primer ingreso a una familia y a una clase social se presente más tarde en la vida del individuo. Es obvio, además, que las afiliaciones a grupos se alteran en el curso de una vida.

Otra pregunta es ésta: ¿existen inserciones *básicas*, es decir, más determinantes, que otras? Sin duda las hay y esa modalidad depende del tipo de sociedad global en que se actúe.

b. Su propia historia individual como ser humano; es decir, como ser vivo participante de lo social. La inserción, salvo la primera, no es un episodio en el que participen un grupo que reciba un aporte pasivo y un individuo que ingrese a él y acepte sus normas, Es un, proceso, con cierta duración, en el que cada individuo es portador de su propia historia personal, que no sólo es pasado sino cosmovisión, modo de hacer en el presente y actitud preparatorio del futuro. La pertenencia anterior a grupos, la educación, institucionalizada y no institucionalizada, y el cúmulo de experiencias conducen al individuo a construir su propia cosmovisión –siempre en parte explícita y en parte implícita- que, en definitiva, está formada por conocimiento, matrices lógicas, carga emocional, mecanismos mentales mágicos, escala de valores, aspiraciones e inclusive un arsenal de simbolismos con los que el hombre se comunica y, simultáneamente, ordena su propia actividad mental. A este conjunto de elementos, especie de síntesis de la historia individual, llamamos *esquema de definición individual participante* (que puede ser *activo*, cuando conduce a modificar una situación o *pasivo*, cuando contribuye a reiterarla).

La cosmovisión, en contacto con la realidad inmediata, puede traducirse en un esfuerzo por explicar y explicarse el conjunto del proceso en términos lógicos (teorización) o por descubrir una realidad, visible o subyacente, a la cual el individuo se enfrenta inventando una arquitectura de signos sensibles (mensaje estético) .

Obsérvese que, en el planteamiento que hacemos, el mensaje estético no está tratado como reproducción, ni como testimonio, ni como invención, sino como estilo de participación en la realidad social. Por cierto que el mensaje estético puede ser también reproducción, testimonio e invención. Aclaremos que al decir *estilo de participación en la realidad social* no lo hacemos en el sentido habitual del psicoanalista, ni del psicólogo o el sociólogo conductistas, sino que lo asimilamos a todas las otras maneras de participación cuyas condiciones generales estudiamos en este trabajo.

Tanto la teorización como el mensaje estético son modos básicos de participación; es decir, integran los elementos más indispensables de la realidad social. Pero el hombre puede también participar, claro está, sin teorizar ni crear mensajes estéticos. Basta con que su cosmovisión sea suficientemente dinámica para que su participación en lo social no sea un acto total e irreparablemente mecánico; para que adquiera algún acento diferencialmente humano, alguna dosis de aspiración y decisión y, por ende, abra alguna posibilidad diferente mañana respecto de lo que el mundo es hoy.

En síntesis, pues, la materia prima de la realidad social humana está formada por los tres elementos siguientes:

1. una praxis dialéctica;
2. otras inserciones previas;
3. un esquema de definición individual participante.

#### b] CONJUNTOS REITERADOS: MATERIA PRIMA MÁS OTRO ELEMENTO

Hemos aceptado un antiguo y fecundo punto de partida de la antropología filosófica: el hombre sólo alcanza a serlo, para bien o para mal en incesante interpenetración con otros seres de su misma especie. Dijimos también que su inserción en una realidad social o en un grupo se produce siempre –salvo el acto del nacimiento- mediante una inserción anterior en otra realidad o en otro grupo. La existencia del hombre transcurre en un incesante ingresar y egresar de grupos –grupos que, a su vez,

se articulan y desarticulan, surgen y desaparecen. La realidad de lo social humano es un modo de agruparse los seres humanos y los fenómenos que ellos producen, como si los unos crearan los otros y se apoyaran en ellos, sin solución de continuidad. No es, ya lo sabemos, una realidad de inalterable cooperación y armonía: la contradicción, el conflicto le son siempre inherentes. La realidad transcurre también en negación, como lo vienen sosteniendo los dialécticos desde hace siglos.

Apenas un hombre se ponga a resumir la experiencia de su propia vida, observará que ésta es un incesante agruparse y ordenarse de hombres y acontecimientos. Para que un ordenamiento se produzca ha sido necesario que, antes, haya actuado otro. Todo es conectarse e integrarse; todo es conjuntos de hombres y conjuntos funcionales en un tiempo y sobre un espacio determinados. Pero esos conjuntos no tienen todos el mismo valor en la historia de nuestra vida. Si reflexionamos un poco, observaremos que algunos han sido, o son, muy inestables; otros, muy estables. Algunos parece que no han dejado consecuencias en nuestra biografía; otros, en cambio, han creado una estela muy duradera. Nosotros –todos nosotros- aprendemos a clasificarlos, desde edad temprana, en importantes, menos importantes y banales, según sean la profundidad y duración de su estela. Por esa vía de la importancia –en función de las consecuencias que engendran- los vamos clasificando en nuestra propia experiencia. También los vamos clasificando en tipos: hay conjuntos afines, hay otros diferentes, aunque no tomemos en cuenta las consecuencias que engendran.

En una sola jornada, todos esos conjuntos pueden parecer de acción caprichosa e imprevisible. Cuando resumimos nuestra vida, advertimos que todo se va orientando en grandes etapas, en grandes conjuntos de fenómenos y de seres, que hay algunos más dinámicos en sus consecuencias que otros; que siempre hay alguna explicación posible, una lógica mínima, que nosotros podamos admitir.

Con esta elemental experiencia de lo propio, queda reconocido que en la realidad actúan, por lo menos, estos dos procesos:

1. ordenamientos incesantes de hombres y fenómenos;
2. gestación de diferencia cualitativa entre los ordenamientos, en función de su naturaleza y de las consecuencias que generan.

Cumplida esta primera etapa en nuestro propio proceso mental de reconocimiento de la realidad social –es decir, ya admitido que participamos de una realidad en ordenamiento incesante con tipos de ordenamiento cualitativamente diferenciados que poseen calidad genética de distintos grados- la segunda etapa debe consistir en reconocer los *elementos mínimos* que encontramos en cada uno de esos ordenamientos. En otras palabras, aquellos elementos sin los cuales –ausentes todos, algunos o uno solo- el ordenamiento deja de ser tal.

Hemos dicho que la *materia prima* de nuestra realidad social está formada por tres elementos (una praxis dialéctica, inserciones previas y un esquema de definición individual participante). Con esos tres elementos exclusivamente, el hombre puede construir conjuntos fugaces, situaciones transitorias, aunque pertenecen también, por supuesto, a nuestra experiencia vital, a nuestra realidad social (una conversación, un encuentro accidental, una situación amorosa de corta duración).

Para que las situaciones no sean tan fugaces, para construir conjuntos reiterados, procesos extendidos, interviene otro elemento: un instrumental material (hachas, máquinas, aviones, edificios, muebles, instrumentos musicales, instalaciones radioeléctricas para transmitir signos a distancia).

Sin esos cuatro elementos no hay reiteración de conjuntos. Puestos éstos en marcha, nuestra observación puede ir ahora más lejos:

- a) La *praxis dialéctica* se reitera, pero siempre con alguna tonalidad cambiante. No es hoy lo que fue ayer, pero nosotros podemos reconocerla, identificarla, percibir lo que tiene –y continúa teniendo- de diferente respecto de otras praxis dialécticas. Éste no ser nunca idéntica y, sin embargo,

tener una identidad nos conduce a imaginar que existe algo como un genotipo que regula las transformaciones, con la consecuencia de que éstas no alcanzan a trastornar cierta modalidad constante.

b) Los *conjuntos* (es decir, materia prima más instrumental), fenómenos en sucesiva gestación, se nos presentan como indispensables los unos a los otros, pero en plazos muy disímiles. Se trata, en rigor, de una diferente capacidad de engendrar consecuencias, como si unas veces actuara un genotipo excepcionalmente dinámico y el conjunto relacional se completara con velocidad; otras, un genotipo más lento; otras, en fin, un genotipo capaz de proyectarse a gran distancia, pero casi imperceptiblemente.